

El faro de los acantilados

J. L. Martín Nogales

Ilustración
Albert Asensio

ANAYA

1.ª edición: febrero 2013

© Del texto: J. L. Martín Nogales, 2013
© De la ilustración: Albert Asensio, 2013
© Grupo Anaya, S.A., 2013
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-4048-3
Depósito legal: M-7-2013
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Índice

α. Un hombre ha desaparecido	11
β. La llave misteriosa	21
γ. Los secretos del baúl	36
δ. En la guerra y en el amor	43
ε. El engaño del hombre desnudo	49
ζ. La fuente escondida	52
η. La primera pista	62
θ. Un descubrimiento	68
ι. El viejo molino	78
κ. De noche le mataron	92
λ. La hora clave	104
μ. ¿Quién es esa mujer?	109
ν. Un encuentro a medianoche	119
ξ. El Punto Cero	130
ο. El medallón de los sueños	139
π. Un trabajo peligroso	152
ρ. Consecuentes como una brújula	157
σ. Tiempo de silencio	162
τ. Unos ojos que espían	165
υ. El lugar secreto	171
φ. La hora decisiva	186
χ. Una sombra	189
ψ. El cajón escondido	193
ω. Un mensaje en la botella	198

A Miguel y Alba,
la luz del faro.

α

Un hombre ha desaparecido

Todavía recuerdan en El Faro el desconcierto de aquella mañana de otoño en la que desapareció el joven maestro. Con las carteras en la mano, los chicos de la escuela estuvieron esperando en la calle, con esa actitud rutinaria que impregna de despreocupación los gestos que se repiten cada día. Al principio sintieron una leve euforia por la tardanza del maestro; pero al pasar el tiempo se fue extendiendo en el grupo un sentimiento de confusión. Entonces, se sentaron en las escaleras y estuvieron aguardando en silencio, deseosos de que acabara la espera. La brisa de la mañana traía el olor salado del mar y algunas gaviotas chillaban en el aire, balanceándose por las ráfagas del viento.

Blanca, que estaba apoyada junto a la puerta de la escuela, fue la primera en reaccionar. Dijo que había que ir a la casa del maestro, porque podía haberse quedado dormido; o quizá se había puesto enfermo por el frío de las nieblas de aquellos días húmedos. Algunos la siguieron; llegaron a la casa y durante un rato gritaron su nombre parados delante del portón. En aquella mañana de brumas solo se oía el siseo de la brisa y los gritos de sus voces pronunciando el nombre del maestro. Varias veces golpearon la aldaba de la vieja puerta de madera que daba acceso a la vivienda, con el temor que impone saber que se pisa un territorio ajeno. Nadie contestó a sus llamadas; así que el grupo se fue disgregando poco a

poco, como un rebaño que se mueve desorientado en medio de la campiña.

En el pequeño pueblo, la noticia se fue conociendo con la lentitud con la que se mueven los barcos veleros en unas aguas en calma. Hasta el mediodía no se comentó en las casas la ausencia de Alonso, el joven que había llegado hacía dos años a aquella aldea y que emprendió la instrucción de los poco más de treinta chicos que pudieron juntarse entre todas las casas desperdigadas del pueblo, adolescentes que solo conocían el mar y los campos que se extendían desde las rocas ariscas de la costa hasta los bosques. Aquel era su mundo y su destino: la pesca durante los días que las aguas no estaban embravecidas, la tala de los árboles y el pastoreo de las vacas que rumiaban indolentes la hierba de las colinas.

Cuando al atardecer los muchachos volvieron a encontrar cerrada la puerta de la escuela, los pescadores, que estaban reparando las redes en el embarcadero, comprendieron que algo grave podía haberle ocurrido a Alonso. Dos de ellos dejaron entonces los aperos de la pesca tirados en el suelo y se dirigieron hacia la casa del maestro para averiguar lo sucedido.

—En el tiempo que lleva viviendo aquí no ha dejado de abrir ni un solo día la escuela —comentó el padre de Blanca.

—Sí que es extraño —añadió el otro, lacónico.

Eran gentes poco habladoras, sobrias, introvertidas; así que desde entonces ninguno de los dos volvió a hablar mientras subían aprisa hacia la aldea, ensimismados en sus cavilaciones, preocupados por lo que podía haber ocurrido.

Se plantaron delante de la casa, sin atreverse a entrar, gritaron varias veces su nombre desde la calle, mirando hacia la

ventana del primer piso, y permanecieron atentos a cualquier sonido que alterase la calma de aquella tarde húmeda. La niebla hacía rodar el eco de sus llamadas por la colina, pero pronto se hundía en el silencio profundo del mar. Se miraron desconcertados y con un leve movimiento de la cabeza se indicaron que no había más remedio que entrar en la casa de aquel hombre, al que trataban siempre con un respeto reverencial.

—Vamos —dijo el padre de Blanca mientras entraba en el portal, animando al otro a subir las oscuras escaleras de madera que había enfrente.

La sala a la que accedieron estaba en penumbra y vacía. Con prevención, se acercaron a la alcoba.

—¡Alonso! ¿Estás ahí? —preguntaron, como una disculpa que justificara su presencia en esa casa ajena.

Miraron en todos los rincones; entraron en la amplia cocina que tenía el fogón adosado a una de las paredes; se asomaron al agujero negro de la chimenea. Pero todo fue inútil. Porque Alonso, el maestro, no estaba allí. No estaba enfermo ni dormido. Simplemente, no estaba. Había desaparecido.

*

He vuelto a estos acantilados en los que hace años ocurrieron aquellos sucesos que nadie pudo explicar entonces. De pie, sobre la cima de piedra, he contemplado las aguas enfurecidas del mar sobre cuyas costas se levanta el pueblo pesquero aislado entre las brumas. He aspirado el aire que trae desde el mar el olor a las algas y moluscos que se agarran en las rocas. Es el mismo aliento que recuerdo de aquellos

días de mi adolescencia en los que conocí lo que significa perder a una persona que se quiere. Entonces aprendí las primeras emociones del amor. Y supe también lo que es estar solo y encontrar a alguien a quien contar lo que más te preocupa. Al aspirar el sabor salado del aire, he recordado aquellos días lejanos en los que viví una experiencia que solo se puede vivir una vez: cruzar el territorio desconcertante de la pubertad. Contemplando el oleaje del mar que choca contra los acantilados, he recordado la incertidumbre que experimentó la gente del pueblo durante aquellos días lejanos en los que nada se sabía del hombre que había desaparecido.

Se hizo una batida por el campo, porque era probable que hubiera sufrido un accidente y tal vez estuviera caído en algún lugar, postrado y solo, incapaz de moverse. Se formó una larga hilera de gente que avanzaba en orden por la colina, separado cada uno apenas tres o cuatro metros del que caminaba a su lado. Algunas gaviotas chillaban asustadas sobre sus cabezas, viendo desde el aire esa gigantesca serpiente que se desplazaba lateralmente. Rastrearón así una amplia extensión. Miraron detrás de cada arbusto. Removieron los tupidos helechos y las hojas caídas que tapaban la tierra. Buscaron en los campos de maíz y debajo de las matas de los patatales que se amontonaban secas en los surcos de las huertas. Cruzaron la llanura, remontaron los ribazos y llegaron hasta los riscos pedregosos de la ladera que desembocaba en el mar. Rodearon el faro, y algunos más arriesgados se atrevieron a bajar por los acantilados para otear desde los salientes de las rocas. Pero conforme pasaban las horas sin encontrar ninguna pista, se fue apoderando de todos el desaliento. Un manto de sombras empezó a cubrir el campo antes

de hacerse de noche definitivamente. Entonces regresaron todos a la aldea, preocupados por lo que podía haberle ocurrido al maestro.

*

El viento soplaba frío desde el mar. Blanca miraba a lo lejos la espuma que levantaba el bronco oleaje de la marea.

—¿Tú crees que el maestro se habrá despeñado por estas rocas? —le preguntó a Fátima, que estaba sentada a su lado.

—Puede... —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Blanca y Fátima vivían en casas colindantes y por eso habían estado juntas desde niñas. Blanca tenía quince años y Fátima catorce. Esta tenía la cara redonda salpicada por algunas pecas. Se recogía el pelo con una cinta y sobre la frente le caía un flequillo que le llegaba hasta los ojos. Blanca era delgada y llevaba una melena rubia, que en aquella punta rocosa del mar el viento agitaba con fuerza.

—Quizá resbaló y se cayó al mar —intervino Yago, que, unos metros más allá, intentaba descender a un saliente del acantilado. A sus pies las olas golpeaban con rabia el arrecife.

—La marea pudo arrastrarlo después mar adentro —añadió David, que iba detrás de él.

Desde el día que desapareció Alonso, los cuatro amigos se acercaban a veces hasta la costa, para vislumbrar desde allí si aparecía la silueta de algún barco. Pero la Guerra Civil, que se estaba librando aquellos días, había alejado del litoral a los navíos y hacía meses que ninguna embarcación se acercaba por aquellas aguas sembradas de rocas puntiagudas.

Yago se colocó mirando de frente a las rocas, pegado a la pared vertical, agarrando con cada mano los salientes que dejaban las piedras. Fue bajando despacio, apoyando los pies en los agujeros de los peñascos que tanteaba a ciegas. Cuando estuvo cerca del saliente rocoso, se dejó caer de un salto. Luego miró hacia arriba y animó a David:

—Se puede bajar mejor por ese lado —le dijo señalando hacia otra parte de la pared.

—Yo bajo por donde has bajado tú —le contestó él.

Yago tenía quince años, y David, trece; pero si aquel hacía algo, este lo imitaba inmediatamente. David era así: curioso y decidido. Era el más joven de los cuatro y el más movido de todos. No podía estarse quieto. Y eso a Blanca le sacaba de sus casillas.

—¿Qué haces? —le reprochó Blanca mientras se levantaba para asomarse a donde estaba colgado David—. Que te vas a matar.

David estaba suspendido en un saliente de la peña, sobre un precipicio que acababa en el mar. Yago, de pie sobre los riscos, miraba hacia abajo, donde las olas chocaban con furia contra las rocas y levantaban bucles de espuma que se deshacían al caer.

—¿Sabes que en estas costas han naufragado muchos barcos? —le dijo a David cuando este acabó de bajar.

No hacía muchos años que se habían ahogado allí unos pescadores del pueblo. El oleaje arrastró su barco hasta las piedras. Un golpe de mar lo estrelló contra una roca que se escondía bajo el agua, cortante como un cuchillo. Rasgó el casco y lanzó al agua a los hombres. Unos días después aparecieron al otro lado de la costa tablas del barco, ropas desgajadas, restos del velamen, sogas y redes rotas. Pero no se

encontró ningún cuerpo. El mar no devolvió los cadáveres de aquellos hombres, que sirvieron como alimento para los peces.

—Mi padre dice que estas aguas son un cementerio de barcos —añadió David—. Y que si pudiéramos llegar hasta el fondo del mar encontraríamos allí navíos antiguos de pueblos que venían desde lejos para conquistar estas tierras.

Los dos se quedaron mirando al horizonte gris, lejano y misterioso. Imaginaban que desde allí se acercaban a toda vela barcos que transportaban feroces guerreros armados con espadas, protegidos con escudos redondeados y con cascos que acababan en forma de cuernos. Hombres barbudos que hablaban lenguajes ásperos, ininteligibles y desafiantes.

—No deberíais estar ahí —les gritó Blanca desde arriba—. Es peligroso.

Ellos hicieron un gesto despectivo, pero Yago comenzó a subir, escalando la pared por el mismo sitio por donde había bajado antes, y David le siguió. Cuando llegaron arriba, Blanca comentó:

—Yo no creo que el maestro se haya caído al mar.

—¿Y dónde está entonces? —preguntó Yago.

—No lo sé, pero deberíamos buscarlo —sugirió Blanca.

—¿Dónde?

—En el pueblo. Seguro que hay alguna pista. Uno no desaparece sin más.

*

La escuela estaba cerrada. Desde el día que desapareció el maestro, nadie había entrado en aquel lugar que hacía años había sido establo de ganados, antes de que las gentes de la

aldea lo limpiaran, abrieran ventanas, pintasen las paredes y ordenaran dentro los pupitres y sillas que llegaron en un destartado camión. Los cuatro empujaron inútilmente la puerta trancada. Rodearon después el edificio hasta llegar a la pared en la que había tres ventanas. David se apoyó en el alféizar de la primera intentando ver el interior. Agarró el postigo, que estaba desajustado, y lo agitó con fuerza tratando de desatas-car la cerradura. Con los golpes, el hierro resbaló en la made-ra carcomida y se abrió uno de los ventanales. Los cuatro se miraron sorprendidos.

—¿Entramos? —preguntó David.

—No —replicó al instante Fátima—. Yo no entro.

A Fátima todo le asustaba y jamás se decidía a hacer algo que entrañara un mínimo riesgo.

David empujó las dos hojas de la ventana, puso el pie en el alféizar y de un impulso saltó al interior. Tras él saltaron Blanca y Yago.

La luz que entraba por la ventana abierta iluminaba la parte posterior del aula con un halo tenue. La sala tenía un aspecto extraño, tan silenciosa y solitaria, ajena al bullicio de los días escolares. Avanzaron los tres con sigilo hacia la pizarra por el pasillo central que formaban las mesas. Andaban despacio, como quien pisa un suelo inseguro, como si temieran despertar el misterio dormido entre aquellas sombras. Enseguida se dispersaron por los pupitres, como si necesitaran reconocer esos muebles que eran la rutina diaria de aquellos años.

Yago se detuvo mirando la pizarra. Cuando giró la cabeza, vio a David sentado en su silla, como tantas veces. Y sin embargo se asombró, como si ocupar el asiento vacío en esas circunstancias rompiera el espacio inviolable de aquella aula

deshabitada. David golpeó rítmicamente con las manos sobre el pupitre.

—¿Qué haces? —le increpó Blanca.

Y él dejó entonces de golpear, se levantó y avanzó por el pasillo hacia la pizarra. Revolvió las tizas, empujó los mapas que se apoyaban enrollados junto a la pared y removió los tacos de poliedros que se amontonaban en la mesa del maestro. Se puso a hacer con ellos una torre, pero al colocar encima la pirámide, se derrumbaron con estruendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fátima, asomando la cabeza por la ventana.

—David, que ha tirado los cubos —le explicó Blanca.

—¿Cuándo vais a salir? —preguntó de nuevo, preocupada.

David, mientras tanto, había abierto el cajón de la mesa del profesor. Nadie hasta entonces había tenido tal atrevimiento, así que miró con recelo a Yago, que se acercaba por el pasillo, y enseguida volvió la vista hacia el interior del cajón. Vio una libreta de tapas acartonadas, el viejo compás de madera que servía para hacer circunferencias en la pizarra, un lapicero y, al fondo, en un rincón, le sorprendió el brillo de una llave. Al cogerla, arrastró con ella un pequeño letrero de cartón que colgaba de una cuerda atada a la llave. Yago agarró el letrero y leyó en voz alta las palabras que tenía escritas con tinta roja:

—EL FARO —dijo—. Aquí pone: EL FARO.

—¿Qué faro? —preguntó Blanca—. ¿De dónde es esa llave? En ese momento Fátima se asomó a la ventana:

—¡Alguien viene! —gritó.

Yago cogió la llave y la libreta, y las guardó en el bolsillo. Los tres se fueron aprisa hacia la ventana, saltaron a la calle y echaron a correr por el camino hacia el pueblo.

